

LA DEMOCRACIA LATINOAMERICANA ¿UN ORDEN JUSTO Y LIBRE?

Discusión sobre algunos dilemas coyunturales: notas conceptuales

Hugo Zemelman Guzmán*

ACLARACIÓN

El trabajo pretende dar cuenta, en el plano teórico, de la problemática de la democracia en la actual coyuntura latinoamericana. Está orientado a destacar aquellos tópicos que caracterizan el contexto tanto de la discusión como del quehacer acerca de la democracia con todo lo que implican, en cuanto a los equilibrios políticos y sociales, crecimiento económico y acumulación de tensiones, así como de las políticas de legitimación y orden que requiere su conservación.

El problema de la seguridad ciudadana se conceptualiza como un problema derivado de lo anterior; por lo tanto, como una expresión sintomática del buen o mal funcionamiento del sistema político democrático.

Se pretende bosquejar los dilemas de construcción, sus obstáculos y potencialidades de cara a una utopía que pueda armonizar individuo y solidaridad, libertad con justicia social, inspirados en un espíritu de alerta que obliga a distinguir entre lo que se puede considerar consolidado y lo que es aleatorio e incierto en el proyecto de construir una sociedad nueva y mejor.

Como se dice en el título, el artículo es un conjunto de reflexiones preliminares sobre seis tópicos que nos parecen insoslayables, cualesquiera sean las respuestas que se asuman como verdaderas.

DEMOCRACIA, ORDEN Y UTOPIA

Se ha afirmado que la democracia “es la condición, el fundamento de la civilización moderna” pero, también, que a pesar de que la vida no tiene sentido sin la democracia, a la democracia le

*Sociólogo. Profesor-investigador de El Colegio de México.

¹ Una democracia para la esperanza (cita de Octavio Paz), en: América latina una realidad expectante (comp. Carlos Contreras. Comisión Sudamericana de Paz, Santiago, Chile, 1993, pág.57).

falta vida (Cioran). En verdad, en el debate sobre la democracia se incluye una vastedad de aspectos heterogéneos que dificultan una concepción de ella que no sea contradictoria. ¿Acaso porque su esencia es contradictoria?

Nos enfrentamos con una forma de organización política cuya fuerza reside en sus propios desafíos de construcción incompleta, en razón de la posibilidad de su constante revisión en materia de organización política, cuya decantación reside en su mismo afán de perfeccionamiento. No es por consiguiente tan paradójico pensar que la democracia sea la alternativa de sí mismo: la democracia como democratización creciente.

Sin embargo esta democratización implica inseguridad porque la libertad contraviene el orden; entonces, ¿Qué orden es el democrático? ¿O, más bien, la democracia es la conciencia crítica deontológica del orden? ¿Es la democracia la presencia tangible de la gran utopía capaz de hacer armonizar libertad y justicia? ¿Es la democracia un espacio de “fundamentalismos” que no puede reducirse a la administración de cosas?

Rescatamos a la democracia como ese espacio de lo público desde donde surgen todas nuestras creencias en lo posible; pero además donde también puedan éstas ser reconocidas por todos los actores individuales y sociales. La cuestión estriba en cómo es que se puede hacer accesible a todos los grupos el reconocimiento de lo posible. ¿Es un problema de oportunidades reales, o, en su defecto, de un lenguaje que pueda disfrazar la realidad misma con una sensación de esperanza, pero que, más allá de conformar imágenes, carece de posibilidad objetiva?.

La legitimación de la democracia, aparentemente, ha consistido en un equilibrio entre expectativas y cierto grado de materialización de ellas. Los peores desgarros surgen cuando la realización histórica de las expectativas no está siquiera compensada por un lenguaje público que colme la vida cotidiana con esperanzas que esperan ser alcanzadas. Estamos en presencia de la construcción de un mundo simbólico que pueda transferir la realidad secular y agostada a un plano donde la realidad es todo lo posible, aunque permanezca ajena a un tiempo y espacio delimitado.

La democracia es una esperanza por la que se paga un tributo: que la realización de la cotidianidad encuentre su satisfacción en el marco, casi escatológico, de una esperanza que la proyecte siempre más allá de la mediocridad ambiente y de las estrecheces materiales. Pues la democracia aparece como el sistema político más idóneo para garantizar la vida pública, la cual cumple la función de articular los planos de lo personal y de lo social, de manera que lo propio de la vida personal de los hombres y lo que es constitutivo de lo social no conformen compartimentos estancos sino mecanismos de comunicación. “No se trata solamente de participar en lo social sino de estar en lo colectivo, no como instancia particular de carácter orgánico o institucional sino simplemente de ser un visitante del ágora moderna”.²

² Hugo Zemelman: Vida Pública, Estabilidad y Conflicto en la Democracia. Universidad Complutense de Madrid.

En este marco, se plantea la pregunta acerca de por qué la democracia se degrada en forma de llegar a una ausencia de contenidos, que la corroe hasta la pérdida de credibilidad; pero que, simultáneamente, cuando es quebrada y aplastada por regímenes autoritarios fácilmente puede convertirse nuevamente en bandera de lucha reivindicativa. ¿Qué es lo que hace que la democracia sea una aspiración tan profundamente sentida, aunque una vez hecha realidad tangible no se sepa valorar?

Se ha hablado mucho sobre la pérdida de cohesión social interna, especialmente grave después del que dejan de tener presencia ideologías que cumplieron el papel de cimientos de la interpretación, que algunos analistas han caracterizado como “ideologías fundamentalistas”. Es el caso de la “inflación ideológica de los 60”³, la cual, no obstante, dio lugar a la “secularización de la política” caracterizada por la pérdida de su dimensión utópica, reduciéndose a la función de administración de cosas. La política restringida a una tecnología de poder que deja fuera de su cometido su papel de fundante de voluntades colectivas, abriéndose el espacio para el surgimiento de “consensos locales... que ocupan unos pocos ámbitos diferenciados de la sociedad”⁴.

La ausencia en la política de esta función de amalgamamiento ha creado las condiciones para que la cohesión nacional se debilite, lo que se agrava en un contexto donde a la polarización potencial que se contiene en la creciente marginalidad económica, social y cultural, se agrega la situación vernácula de las heterogeneidades étnicas, culturales y espaciales que conduce a que la integración nacional tenga cada vez más que confundirse con el orden político estatal. A pesar de lo anterior, se enfrenta una situación paradójica, pues, en la misma medida en que este orden es el cimiento de la integración, se va produciendo su mismo desmantelamiento como resultado de las políticas de reformas del Estado que requiere la estrategia neo-liberal.

El orden político deviene en forma descarnada en un orden policial (sin mediaciones legitimadoras), en el que las FF.AA se reducen rápidamente a las funciones de control de orden político, lo cual constituye un nuevo espacio en el que volcar a este estamento en un contexto donde los conflictos entre países son prácticamente inexistentes. Ello coincide además con el proyecto imperial de disminuir el tamaño de los ejércitos nacionales en beneficio de un cuerpo armado continental de defensa colectiva.

DEMOCRACIA Y MERCADO

El contexto económico, caracterizado por la polarización social, es incompatible con los esfuerzos de equidad, si pensamos más allá de las declaraciones públicas de los gobiernos y de los organismos multilaterales. El problema no es crecer para después distribuir, ya que, en la medida en que la riqueza es poder, no puede crear las condiciones de igualdad. La estrategia de cre-

³ José Joaquín Brunner: Los debates sobre la modernidad y el futuro de América Latina, en: Diseños para el Cambio -los socio-culturales. (Coord.) Gonzalo Martner. Ed. Nueva Sociedad/Unitar/Profal, Caracas, 1987, pág. 109.

⁴ J. J. Brunner, op. cit., pág. 108.

cimiento económica con base en la concentración es contradictoria con la equidad. La equidad como planteamiento para trascender los límites de la desigualdad constituye una formulación puramente prescriptiva, por lo tanto formalista, extrínseca a las dinámicas socio-económicas reales. El dilema a la situación actual supone elaborar discursos alternativos más profundos.

La necesidad de nuevos horizontes exige traspasar las fronteras del actual discurso político pues lo posible se puede mostrar mejor fuera de su lógica predictiva estrecha. De lo que se trata es de diseñar imágenes de “futuros deseables”, como “forma para disminuir la incertidumbre, de controlar los espacios de lo desconocido”. Aunque lo que decimos sobre esta alternativa no suponga que el discurso utópico deba ser fundamentalista, ya que, por el contrario, la utopía debe poder ser historizada, hay que encontrar caminos no usuales para transitar la realidad, reafirmando las potencialidades de lo necesario.

En consecuencia, hacer política no se restringe al logro de metas ya que debe contribuir a crear situaciones en las que los hombres, desde la cotidianidad misma, encuentren un sentido que pueda servirles para amalgamarse con otros sentidos más globales. Un discurso capaz de construir la realidad y no reducirse a la administración del Estado, especialmente cuando éste se identifica con una estrategia excluyente, y ésta, a su vez, se confunde con la realidad.

¿Cuáles son los actores de la utopía? ¿En qué se pueden diferenciar unos actores de otros? ¿Cómo se puede caracterizar la voluntad de transformación necesaria para poder forjar una visión alternativa y en seguida transformar la utopía en viabilidad histórica? ¿En este sentido, cuáles son las alternativas a la situación actual?

Si la democracia se presenta justamente como una difícil reconquista después de la caída de los regímenes militares, debemos atender a la circunstancia de que su preservación depende de conservar su equilibrio, el cual se pretende cautelar, en este momento, a través de la política de los consensos. “¿Es posible concebir alternativas de sociedad sin atentar en contra de la democracia? La lógica del consenso social con que actualmente en forma dominante se manifiesta la defensa de la democracia... descarta, a lo menos en el corto plazo, esta posibilidad”⁵.

En efecto, cabe plantearse si estos consensos son condición de equilibrio de tal naturaleza que no admiten opciones, pues se correría el riesgo de destruir el sistema democrático; por lo tanto, se transforman en obstáculos para buscar alternativas, no a la democracia, sino a las políticas económicas y sociales con que hoy se identifica. En esta dirección surge como problema de fondo de toda la problemática: ¿es legítimo identificar democracia con mercado? ¿se puede continuar con la política de que, a costa de conservar la democracia recuperada después de la “caída” de los regímenes militares, no se pueda discrepar de las políticas económicas que agudizan la desigualdad, y, en consecuencia, la polarización, sin que se considere que esos instrumentos sean atentatorios contra la democracia? ¿los riesgos sobre la democracia no se contienen, acaso, en esa misma política?

⁵ Hugo Zemelman, op., cit.

Los mayores peligros de la democracia se encuentran en la acumulación de tensiones y en las heterogeneidades estructurales. Los retos planteados determinan que la democracia política cada vez menos puede preservar espacios de opciones; más bien, se fortalece como mecanismo orientado a inhibir lecturas de alternativas.

En los marcos de la democracia se enfrenta una acumulación de tensiones que no tienen salida, porque la política de consensos, además de permitir paradójicamente que surjan, bloquea su solución. Política que reconoce como a uno de sus objetivos fundamentales impedir que aparezcan actores sociales y políticos que claramente sean capaces de protagonizar proyectos discrepantes respecto del modelo dominante.

En el corto tiempo se enfrenta una situación potencialmente explosiva. Por una parte, no se observa el surgimiento de ningún contra-discurso con el atractivo de convocante. Y de otra, la reducción de la política a una tecnología de poder, que se corresponde con la pérdida de su dimensión utópica, determina ciertos márgenes de ingobernabilidad civil.

Se requiere recuperar la idea de proyecto que trascienda los estrechos límites de la lógica de la administración de cosas, volverse a apropiarse de la idea de construcción que conforme un sentido de futuro para diferentes actores. Como se ha dicho “lo fundamental no son los mecanismos o formas de gobierno. Lo trascendental es la manera como el sistema político selecciona sus objetivos y metas”⁶.

LA POLÍTICA COMO ADMINISTRACIÓN Y COMO PROYECTO

Si el consenso es necesario para la estabilidad, ¿asegura la estabilidad un crecimiento suficiente para absorber las demandas sociales? ¿qué significa construir el consenso con base en la ecuación democracia-mercado? Procede formularse estas preguntas porque se constata que, efectivamente, “la mayoría (de los dirigentes políticos y científicos políticos latinoamericanos) coincide en que la democracia como sistema político y la economía de mercado constituyen hoy las reglas del juego para el proceso político latinoamericano”⁷. Nuevamente se nos coloca ante el dilema de lo que significa la construcción de realidades, esto es, de dos acepciones diferentes aunque no necesariamente incompatibles de la política: la política como administración y la política como proyecto.

La primera apunta a mantener un *statu quo* en cuyo marco de exigencias se busca acumular fuerzas que puedan garantizar la administración del proyecto dominante; por lo tanto, donde la acumulación de fuerzas equivale a fijar una mayoría en torno de directivas básicas que reflejen los parámetros de la política neoliberal. De esta manera, las discrepancias ideológicas quedan reducidas a un juego subordinado al respeto de estos lineamientos, en forma tal que la lucha ideoló-

⁶ Una democracia para la esperanza, op.cit. pág. 59.

⁷ Edmundo Jarquín: Asedios a la gobernabilidad, en: América Latina una realidad expectante, op. cit., pág. 136.

gica viene a ser el reflejo de ciertas identidades ideológicas que se han venido sedimentando históricamente, pero que en verdad carecen de realidad en tanto actores político y sociales.

La segunda acepción de política, apunta a reivindicar a la democracia como juego de proyectos político-ideológicos que conlleva distintas visiones de futuro, por las cuales los actores políticos y sociales definen el sentido de su quehacer, y, por lo mismo, la de su propia justificación para llegar a tener presencia histórica. En esta perspectiva la dimensión referida a la administración de cosas está subordinada a la definición de los espacios de construcción, lo que supone, en primera instancia, la necesidad de enfrentar la lógica de manejar distintas situaciones, desvelando los parámetros que la encubren como realidad, que, como tal, puede ser leída desde ópticas diferentes (v.gr: el ámbito de la educación, de la salud, de la industria, etc.).

Resulta claramente diferente acumular fuerzas para una u otra situación. En el caso del marco de una política de administración el acuerdo de forjar fuerzas es parte del esfuerzo por crear un espacio de alianzas que impidan que se desencadenen contradicciones que despierten la necesidad de los actores participantes en la alianza por rescatar sus identidades ideológicas anteriores (v.gr. el caso del Partido Socialista de Chile en su alianza con el Partido Demócrata-Cristiano).

Pero, si nos colocamos en la perspectiva de la política como proyecto, la acumulación de fuerzas tiene que ver con la creación de las condiciones de viabilidad del proyecto, en términos de no cuestionar la reproducción de los actores comprometidos con el proyecto dominante; reproducción que puede verse afectada, en el corto y mediano tiempo, por la caída del sistema democrático. La cuestión debe plantearse, no obstante, en base al siguiente dilema: que la permanencia de la democracia no obligue a determinados actores, para garantizar su existencia y reproducción, a que acepten su subalternidad. Desde otro ángulo, lo anterior significa que la condición que garantiza la conservación de la democracia descansa en que se mantenga el proyecto económico dominante.

El principal desafío consiste en “trascender el dinamismo espontáneo del mercado y el crecimiento”, pues la crisis de credibilidad que afecta a muchos gobiernos proviene del creciente empobrecimiento, marginación y aguda anomia con todas sus consecuencias en el plano de la patología social. ¿La democracia facilita que las potencialidades de los diferentes grupos sociales llegue a plasmarse en proyectos? Hacerlo significa reconocer alternativas de proyectos, pero que además éstos puedan reformularse de acuerdo a las condiciones que conforman el conjunto de los grupos; lo que implica que la democracia se tenga que abrir en la dirección de intereses sociales eventualmente discrepantes.

SOCIEDAD CIVIL Y PARTICIPACIÓN

Sin embargo la situación parece ser la contraria, ya que el proceso de democratización sirve para legitimar una exclusiva estrategia de crecimiento económico, la cual gradualmente va requiriendo delimitar cada vez más los espacios públicos, cercenando las formas de represen-

tación orgánica que puedan, por lo mismo, llegar a expresar la voluntad efectiva de demandas y concepciones de futuro que sean opciones a la dominante. Se observa un proceso de divorcio profundo entre la representación política y su base social, lo que se corresponde con la primacía de la condición de ciudadano sobre la de voluntad colectiva.

Una democracia que debilita a sus espacios de cohesión pública y que refuerza la atomización de la sociedad civil, no pasa de constituir unos cuantos fuegos fatuos, sin la trascendencia de que se traduzcan en resultados permanentes y de largo tiempo. De ahí que la reclamación por una mayor participación de la sociedad civil y la reivindicación del papel soberano de cada individuo, en su condición de ciudadano, se corresponda con una gran apatía e indiferencia por el propio juego democrático. ¿Es que tiene razón Cioran de que la democracia carece de vida?

La vida de la democracia se asocia con la posibilidad de que en su contexto institucional se pueda potenciar el desenvolvimiento y expresión de diferentes grupos sociales, que, en tanto representan intereses opuestos, lleguen a plasmar sus potencialidades en proyectos, si no divergentes, a lo menos no coincidentes; heterogeneidad que obliga a un reconocimiento de las alternativas sociales y políticas que la democracia como sistema político pueda legítimamente encauzar. Ello se vincula con la dirección que puede reconocer la evolución misma del régimen democrático, en cuanto asumir contenidos ideológicos diferentes.

Esta gran apuesta de la democracia es la que se cuestiona en la actualidad, en la medida que ella aparece cerrada a un solo proyecto económico. La democracia deviene en un orden político en el que la relación con la sociedad civil se organiza con una cierta autonomía de esta última respecto de las exigencias del Estado, aunque en la práctica sea éste el que encarne el orden; lo que se agrava con la difuminación de las inquietudes de la sociedad civil en mil expresiones menores carentes de presencia y gravitación sobre el poder.

Lo que decimos se traduce en una atomización de la sociedad con la consiguiente debilidad de los espacios públicos de confrontación y discusión, ya que, simultáneamente con estimular las manifestaciones de la sociedad civil, se tienen que tomar las medidas indispensables para su control. Control que consiste en la conveniencia de que la efervescencia ciudadana, rescatada como una forma de sustitución de la emergencia de voluntades colectivas, quede efectivamente reducida a lo que se pretende que es: la voluntad individual y aislada del ciudadano votante. Y con ello lograr frenar sus demandas crecientes que vienen a ser el resultado de “una sociedad democrática, plural y participativa”.

En realidad, de no llegarse a ejercer un control de estos anhelos y demandas, la democracia dejaría de ser un orden instrumental, o funcional, para el logro de un proyecto económico como el neoliberal.

De ahí que la democracia inevitablemente se transforma, cada vez más, en un orden antes que cuidar la preservación de su condición de espacio público que haga posible el juego entre proyectos alternativos.

El desafío imperativo que enfrenta está conformado por dialéctica demandas crecientes - capacidad limitada de respuesta, que determina que el rango de insatisfacciones existente en vastos sectores de la población sirva de apoyo para que se transforme el conflicto latente en un estado casi de normalidad. Situación que obliga a recurrir a mecanismos de control que aparecen en contradicción con la democracia como espacio de fuerzas.

Cada vez de manera más ostensible la lógica del orden se va imponiendo sobre la lógica de la participación y sobre las formas de manifestación de las heterogeneidades de intereses; más todavía cuando el dinamismo profundo que explica esta inestabilidad en aumento está determinado por la concentración y rentabilidad del capital. ¿Cuáles son las posibilidades de frenar esta lógica para así evitar la acumulación de tensiones todavía latentes?

ESTRATEGIA ECONÓMICA Y POLÍTICA DE EQUIDAD

La ingobernabilidad con que se ha asociado a la democracia expresa a este conflicto, que mientras no sea enfrentado (lo cual es imposible en el marco de un capitalismo liberado de controles como lo exige la transnacionalización del capital), muestra como inevitable que cualquier política de equidad quede subordinada a políticas de orden, por consiguiente restrictiva de los espacios de participación política. En este contexto, no se puede dejar de advertir que no necesariamente la política equitativa se tiene siempre que corresponder con regímenes democráticos. Ha sido el caso de los estados corporativos. Estos pueden hacerse compatibles con políticas de apertura económica. La antinomia histórica es que un régimen no es justo necesariamente por ser libre, como tampoco se alcanza la libertad por vía de haberse logrado la justicia social.

Tanto es así que observamos ajustes de las políticas neoliberales recurriendo al expediente de la ayuda del Estado al sector privado con recursos públicos. De esta manera, la condición misma de su éxito, como es hacer descansar el principal dinamismo económico y social en la empresa privada, se logra vitalizando a ésta y saneándola con políticas estatales (v. gr: políticas tributarias, legislación laboral flexible, auxilios financieros, por ejemplo a los bancos, transfiriendo inversiones públicas en empresas, incluso en infraestructura, a bajos precios, etc.).

Parece evidente la imposibilidad de un proyecto de desarrollo capitalista en Latinoamérica sin el apoyo del Estado considerando la debilidad de la capacidad empresarial, no sólo económica y financieramente hablando, sino que considerando sus aspectos culturales que no permiten ser optimistas acerca de que se pueda esperar un comportamiento "racional capitalista" de este sector. Su condición periférica y dependiente se manifiesta en formas de comportamiento sin perspectivas en el largo tiempo (v. gr: la incapacidad de ahorro del excedente producido, la tendencia al consumo suntuario, las mismas limitaciones de innovar tecnológicamente, etc.).

Lo anterior se agrava cuando se entiende que la apertura comercial en boga equivale a la transnacionalización del capital, pues ello supone perder el control de las decisiones tanto más sea la gravitación de la inversión externa, la cual, al estar orientada por prioridades que no tienen

que tomar en cuenta los equilibrios de la estructura productiva interna, provoca una fuerte desarticulación del aparato económico del país (v. gr: las altas tasas de crecimiento que ha experimentado en muchos países el sector financiero contrastando fuertemente con el crecimiento promedio de los demás sectores productivos).

En el plano político lo dicho se expresa en un creciente poder de este sector minoritario en desmedro de los otros, lo que determina una pérdida de equilibrio entre las diferentes fuerzas sociales internas en su acceso a los centros de decisión, en la gravitación de su presencia pública (v. gr: su influencia sobre la sociedad civil) y en su capacidad de reproducción.

Como consecuencia de estas dinámicas económicas los países dejan de ser proyectos de nación para convertirse en territorios en los que se reproduce un segmento del capital internacional. Lo que aunado a la restricción de los espacios públicos y a la consiguiente ausencia de participación, con su correspondiente carga de indiferencia y escepticismo, toda vez que la democracia se restringe a un proyecto económico concentrador de la riqueza, termina por influir en un progresivo deterioro en la eficiencia de la democracia como sistema de poder.

En efecto, se puede observar como situación sintomática que las decisiones que se adoptan a nivel de gobierno muchas veces no tengan aplicación, en razón de que están condicionadas a alianzas que sectores de la clase política forjan para fortalecerse como representantes legítimas y garantes de particulares sectores económicos. Ello refuerza su dependencia de una lógica clientelística que es la base para que se ejerzan presiones que deben ser satisfechas en forma de ganar mayor influencia.

Estas políticas de raigambre clientelístico desvirtúan cualquier racionalidad instrumental de la burocracia estatal, que, agregado a la falta de una clara preeminencia hegemónica de un sector social sobre los otros (decimos hegemonía, en el sentido gramsciano, en oposición a la dominación coactiva), se traduce en una suerte de parálisis de los gobiernos y la consiguiente ineficacia del Estado.

El sector privado es parte de esta situación de parálisis que se agudiza porque el modelo neoliberal, como resultado de las políticas de privatizaciones, ha profundizado la identificación entre poder económico y poder político. Se ha perdido la "autonomía" de decisiones de la clase política, que, en medida significativa, se ha transformado en instrumento de particulares sectores económicos; los cuales están sometidos a fuertes pugnas internas que convierten a los gobiernos (en general al sistema político) en campos de batalla entre cúpulas político-económicas. Estos grupos comparten el mismo proyecto global y se visten con el traje de la democracia, pero disputan sin escrúpulos por su administración y control: tanto de la economía como de los mecanismos de representación política.

NEO-LIBERALISMO Y DEMOCRACIA

La situación de inestabilidad interna y la ausencia de políticas capaces de construir cohesiones que sean reales (no simplemente impuestas a través de bloqueos ideológicos como son las polí-

ticas de consensos), esto es, que aseguren un espacio de reproducción a los diferentes sectores sociales, plantea que para alcanzar una mínima estabilidad se tenga que optar por forjar una real subalternidad de las fuerzas sociales que no hacen parte del núcleo dominante (empresariado vinculado al capital internacional); situación que, como decíamos más arriba, constituiría una transgresión al régimen democrático. Una táctica en esta dirección puede consistir en propender a una especie de coparticipación en la administración del Estado de distintos segmentos de la clase política, que, históricamente, se han identificado como representantes políticas e ideológicas de sectores sociales divergentes (v. gr: el caso de Chile con la incongruencia del Partido Socialista en la co-administración del proyecto neoliberal). Opción que supone, sin embargo, transformar a la pobreza en fundamento de subalternidad. Peor todavía: agregar indignidad a la subalternidad.

La necesidad de transformar a la pobreza en mecanismo de legitimación exige de una manipulación de la conciencia de ser pobre, en forma de transformarla en una conciencia que privilegie el valor de ser libre sobre la condición de pobreza; una libertad cuyo ejercicio queda circunscrito a los límites más cercanos a la sobrevivencia o condición de vida mínima. Libertad individualista que se defiende con la renuncia a todo empeño colectivo por ejercer presiones, una libertad que reivindique lo privado como negación de los espacios sociales organizados y que, por lo mismo, no puede servir para ejercer presión real sobre el sistema económico. Los sujetos que surgen en este contexto se caracterizan por la conciencia mínima de todo: mínimas necesidades, mínimas demandas, por lo tanto mínimas presiones.

Las consecuencias socio-políticas y culturales de lo anterior son claras: se conforma un atentado, una violación de la cultura política democrática, que, por el contrario, consiste en el reconocimiento y exigencia de un juego de intereses que legítimamente apuesten por una alternancia en el ejercicio del poder.

Al renunciarse a ejercer demandas se termina también por renunciar a la democracia como espacio, contribuyendo a reforzar a ésta como un sistema que cada vez en mayor medida se identifica con un particular proyecto económico. Se puede fortalecer la tendencia a regímenes con predominio de civiles, pero eso no significa que se fortalezca la democracia como espacio que garantice la pluralidad en el juego de las alternancias.

El carácter civil de los regímenes no es contradictorio con que se cautele la primacía de un orden estable. Se requiere de un orden que responda a las necesidades del proyecto económico. Concordancia entre orden democrático y proyecto que lleva a tener que establecer reglas de alternancia que sean congruentes con estos requerimientos, de manera de asegurar una sucesión gubernamental sin perturbaciones: que garantice la continuidad de las políticas.

De no ser así, la alternancia en el poder puede convertirse en un riesgo contra la democracia identificada con un proyecto económico, que se pretende emancipado de toda tutela estatista. En esta lógica el mismo proyecto traspasa sus propios límites de una estrategia de crecimiento económico para convertirse en verdadera concepción de la sociedad del futuro. Concepción de

futuro que plantea la necesidad de un orden político que le sea funcional. De esta manera cualquier discurso de disenso de la estrategia económica se transforma **ipso facto** en un discurso contrario a la democracia como tal.

El proyecto económico no solamente quiebra a la democracia por lo que hemos expuesto. También se conjugan otros factores muy profundos que llevan en el medio y largo tiempo a consecuencias contrarias a su conservación. Si el proyecto económico se fundamenta en el desenvolvimiento de la capacidad de innovación tecnológica, y ésta depende de la propia acumulación de capital, que, a su vez, está condicionada cada vez más por la concentración de éste, surge una contradicción con la democracia entendida como espacio, pues no puede ésta ampliar sus espacios de participación reales, como mecanismo de legitimación (v.gr: reconocimiento de las pluralidades de sujetos y de las heterogeneidades sociales y culturales), en la medida que esta ampliación se puede convertir en un conducto a través del cual se puedan ejercer presiones disfuncionales para las condiciones de rentabilidad del capital. En este contexto, ¿qué otras medidas se pueden formular para la legitimación de las políticas de concentración regresiva del ingreso?

En el discurso neo-liberal se contienen exigencias utópicas como es la de que la concentración del excedente pueda derramarse para beneficiar a los demás sectores sociales, en forma de estimular el despegue económico; planteamiento que, más allá de su reclamación ideológica, no tiene visos de poder transformarse en una construcción históricamente viable. Ya que para ello se tendrían que superar limitantes culturales que determinan que el comportamiento de los sectores de altos ingresos esté orientado hacia la acumulación en vez de revestir un carácter consumista, de manera general, y en algunos grupos, todavía, claramente señoriales (v.gr: cfr. comportamiento especulativo del sector financiero privado)⁸.

Pero, independientemente del cuestionamiento anterior, aceptemos que pueda ser posible. Aún en esta hipotética posibilidad resulta claro que el proceso llevará un tiempo prolongado durante el cual se enfrentan los riesgos de perturbación del orden político, problemas que requieren ser resueltos en el corto plazo. Es en este contexto que se plantea la pregunta acerca de si existen alternativas para legitimar las estrategias concentradoras del ingreso.

Parecería que la alternativa consiste en transformar la marginalidad y la pobreza en mecanismos de legitimación, a partir de imponer un comportamiento pasivo a los sectores excluidos del modelo económico; pasividad que se puede alcanzar ya sea a través del miedo, o bien, quizás en forma más civilizada, mediante la enajenación consumista. Lo que nos confronta con una situación de principio en relación con la idea de democracia, pues si ésta no reconoce otra legitimación que sea congruente con su naturaleza que la misma democracia, como espacio de expresión para los múltiples actores, con sus respectivas utopías, la democracia no puede sino

⁸ Según datos del Banco Mundial, el ingreso neto consumido por empresarios privados muestra diferencias enormes entre la Argentina (69%) y los Estados Unidos (40%), y Austria y Noruega (20%) (Cfr.: P. Frederick, Seguridad Urbana en Argentina., pág. 57).

consistir en el constante ajuste entre las fuerzas y la consiguiente transformación de las fuerzas antagónicas, como resultado de su mismo enfrentamiento, no resuelto, ni posible de resolverse, si se parte de la idea de que el conflicto solamente se resuelve mediante el predominio indisputado de una fuerza sobre las demás. La democracia supone múltiples actores en forma que ninguno quede como triunfante en términos absolutos sobre los otros; exigencia que contradice los requerimientos planteados por el modelo económico que reclama apoyarse en una clara hegemonía del sector empresarial (y al interior de éste en los que concentran la mayor capacidad de competitividad).

Es necesario redescubrir a los actores de la democracia en su constante transformación, y a la democracia, por su parte, como la misma posibilidad de la democracia; esto es, como la apertura a nuevos espacios que plantea la reivindicación, no sólo de la pluralidad cultural, social y política, sino también la del sujeto individual. Teóricamente se plantea la construcción de alianzas que tengan la capacidad de transformarse en actores, en forma de evitar (pues esa ha sido la enseñanza de la historia) que estas alianzas se limiten a ser el camino para crear las clientelas del núcleo dominante.

De ahí que sea necesario tener claridad entre los tipos de actores: aquellos actores que tengan capacidad propositiva (programática), por una parte, y de otra, los actores de contraposición a las posturas de los que -son dominantes (aunque sea coyunturalmente) . Con lo que se destaca un juego político que contraviene la exigencia de una continuidad ordenada de la reproducción de un solo sector social con base en el mantenimiento de una misma estrategia económica. La democracia impide que se garantice la reproducción lineal de la opción neo-liberal, de manera que los esfuerzos por alcanzar esta garantía indefectiblemente terminen, en algún momento, por atentar en contra de la democracia.

El dilema actual de la democracia es poder resolver la relación entre libertad y justicia social; que la transacción de bienes y servicios no reduzca la realidad social, cultural y política a esa lógica que enfatiza dimensiones particulares de la realidad socio-histórica. La subordinación de toda la realidad socio-cultural a las exigencias de la reproducción económica significa reforzar la unidimensionalidad del hombre y con ello agudizar las tensiones internas a la democracia. La democracia, como la concebimos, obliga a tomar en cuenta todas las dimensiones de la vida para poder legitimar al orden económico. Si la democracia deja de consistir en espacios de confrontación entre actores sociales y políticos deviene en una nueva modalidad de oligarquización.

Desde esta perspectiva interpretamos la llamada democracia por delegación de la autoridad, la cual se traduce en la conformación de cúpulas políticas discrecionales, divorciadas de sus bases sociales, mucho más sometidas a dinámicas internas de alianzas transversales (que cruzan sus diferencias ideológicas, muchas veces simples resplandores crepusculares de su pasado) que a las exigencias de la representación política de sectores sociales determinados.

No puede extrañarnos que como resultado de este proceso los partidos políticos, en la actualidad, enfrenten serios problemas por su falta de representatividad. Al perder el sistema político

su capacidad de lectura de los intereses plurales en coexistencia, pierde eficacia. Yo en consecuencia, legitimidad; pero simultáneamente, al perder legitimidad pierde también eficacia al no permitir que las decisiones políticas se traduzcan en la creación de espacios de administración de políticas que se puedan reproducir en el largo tiempo.

La democracia consiste en un intercambio de visiones y valores entre actores sociales acerca de la realidad. La función de esta confrontación es legitimar en el corto tiempo a las propuestas que se pretenden globalizar para el largo tiempo. En el fondo la democracia encuentra su más profundo significado cuando facilita la creación de un sentido cotidiano de la historia. De no hacerlo se vacía de contenido, generando apatía, para transformarse en una construcción política que fácilmente alberga su propia destrucción. Es lo que ocurre cuando se produce la fusión entre clase política y grupos de presión económica, que está siendo exigida por la imposición de un proyecto de crecimiento excluyente. Y que en el plano ideológico se manifiesta en la reducción de la política a una tecnología de poder abandonando su dimensión utópica.

Si la democracia encuentra su legitimidad en sí misma, en su propio proceso de profundización, configura a la vez un discurso político concreto y utópico sobre la pluralidad y la heterogeneidad. En este sentido es incompatible con un orden rígido que no acepte los espacios del disenso. Pero también es incompatible con estrategias que impidan el surgimiento de actores individuales y sociales, pues no se compadece con la subalternidad, ni con la pasividad, como tampoco con el conformismo. Si el bienestar se ha de alcanzar sin desmedro del individuo, y si a éste se trata de reivindicarlo sin desmedro de la igualdad, no se ha concebido ninguna utopía más histórica que la democracia.